

El salto de mi vida

A sus quince años Bouba ya estaba harto de encerar los zapatos a por unas míseras monedas en las calles de Acra, capital de Ghana. Había hablado muchas veces con su hermano pequeño, Musa, la idea de irse a Europa a buscar una mejor vida, pero siempre llegaban a la misma conclusión: “aquí estaban sus padres y allí no habría nadie para cuidarlos”.

Siempre era igual, discutían un rato sobre el tema y no alcanzaban ninguna decisión, así día tras día.

En el otro lado del mundo en Costa Rica, Gabriel llevaba años atendiendo en el puesto de frutas que sus tíos tenían en el mercado de San José. A sus dieciséis años tenía ganas de cambiar su vida y cada noche se pasaba horas mirando en un mapa, que le había caído a un turista, diferentes rutas hacia la libertad, Estados Unidos.

Pasaron los años y Bouba iba madurando su idea de llegar a Europa para tener la libertad que en su país no podía. Era principio de diciembre, y decidió que había llegado el momento. Ya lo tenía todo preparado para su viaje hacia Ceuta. Habló con sus padres explicando las ideas que tenía al cruzar y lo bonito que iba a ser todo en unos meses. Su padre lo trató de loco le dejó claro que no daba su aprobación de ninguna de las maneras.

Bouba tenía muy claro que iba a partir sí o sí, no necesitaba la aprobación de su padre. A medianoche se levantó de la cama y sin hacer ruido se dispuso a salir. Su sorpresa fue que al llegar a la puerta se encontró en el suelo un paquete, dentro había provisiones para unos días y algo de dinero. Supuso que había sido su madre. Se le humedecieron los ojos pero eso le dio más coraje para salir.

En San José las cosas iban empeorando, la pandemia avanzaba a gran velocidad y todos los amigos que Gabriel había hecho desde que a los diez años llegó a casa de sus tíos, tras la muerte de sus padres, se habían ido a pueblos o enfermado. Así pues lo vio claro. Habló con su tío de su deseo desde chiquitín de ir a Norte América. Como era de esperar, Mauricio, su tío, se opuso rotundamente. Le recordó que había sido él quien le había enseñado todo desde que perdiera a sus padres y que le debía respeto. Gabriel hizo caso omiso a las palabras de su tío y

esa misma noche preparó un pequeño macuto y saltó por la ventana con destino tierras mexicanas, la puerta a Estados Unidos.

Apenas llevaba unas semanas de trayecto y empezaban a faltar las fuerzas en las largas piernas de Bouba. Años atrás cuando planeaba el viaje con su hermano era todo mucho más fácil. En los dibujos que hacían no aparecían las montañas ni las altas temperaturas sin poderte cubrir, eso lo aprendió rápido y hacia la ruta de noche, y nada se decía de las persecuciones policiales. Apenas había hecho un tercio del camino y estaba a punto de tirar la toalla, pero la idea de entrar a Europa y cumplir su sueño era más fuerte.

Hacía casi un mes que había salido de casa, del paquete que le había hecho su madre ya no quedaba ni la bolsa, y a lo lejos vio una gran ciudad, era Niamey. Parecía un lugar importante, se veía mucha gente y a Bouba eso le animó un poco. Por delante le quedaban, sin saberlo el mortífero desierto del Sahara. Era buen momento para buscar un modo de transporte diferente a sus pies.

La ruta que había planeado Gabriel pasaba sobre todo por zonas turísticas para poder ir ganando un sustento que le permitiera ir adelantando kilómetros de su hazaña. En El Salvador estuvo tres semanas fregando platos en un hotel para poder pagar un “pasaje” hasta Guatemala. Al salir de su escondite no tuvo mucho tiempo para pisar suelo guatemalteco, que ya estaba en un nuevo transporte con destino incierto pero que iba al norte.

Éste último dejó a Gabriel en medio de una carretera del estado mexicano de Oaxaca, él era el hombre más feliz del mundo. Estaba a tocar de su gran futuro.

Tras semanas como ayudante de un ganadero que lo acogió como a un hijo, Bouba tenía suficiente dinero para seguir su travesía. En ese tiempo había hecho amistad con un transportista que cruzaba a menudo hacia Marruecos con pieles de animales.

Mohammed no se quería jugar el cuello ni el camión llevando a un polizón en su camión. Decidió hacerlo pasar por su ayudante. A mitad de marzo salieron dirección Tetuán. La idea de Mohammed de tener a Bouba como ayudante surgió efecto y la policía fronteriza no hizo muchas preguntas. Revisaban la carga y proseguían su viaje. Dos semanas después de salir de Niamey, Bouba llegaba a Tetuán, la última parada antes de poder cumplir su deseo. Se despidió de Mohammed agradeciéndole todo lo que había hecho por él, todo lo que había aprendido y deseando poderlo ver en otra ocasión y situación.

A Gabriel no le quedaban muchas fuerzas y veía muy lejos la puerta a norte América, pero él seguía con ganas de acabar su aventura. Estuvo unos meses en varios trabajos y acumuló algunos dólares para el trayecto. Nuevamente en la caja de un camión, en esta ocasión iba acompañado de vestidos tradicionales mayas, su destino Ciudad Juárez.

Estuvo tres días en esa caja dando vueltas y pasando noches muy frías cuando por fin se abrió la puerta y el conductor les hizo bajar a todos con mucha prisa. Gabriel se asustó y corrió cuanto pudo, detrás venía la policía de fronteras. Se escondió en un almacén hasta que se hizo de noche, en ese momento salieron todos quienes habían llegado en el mismo camión que él y en otros. Iban todos en la misma dirección, hacia una reja muy alta, el límite real con la libertad. Gabriel tuvo la fortuna de frente y encontró un agujero para poder colarse y entrar en suelo estadounidense.

En Tetuán, Boubá pasó varias semanas buscándose la vida hasta que le llegó el soplo de la abertura de la frontera de Ceuta. No le importó nada más, llevaba meses esperando ese momento. Fue directo a la reja que separa los dos mundos y esperó con paciencia. En los días que estuvo esperando vio como pasaban por el mar muchos niños y madres para pisar la playa española y poderse quedar. Muchos lo conseguían y ya no los volvía a ver. A otros en el momento de entrar volvían a cruzar la puerta de vuelta a Marruecos. Ese domingo de abril empezaron a gritar todos los gendarmes y las puertas se abrían, evidentemente todos fueron como locos a suelo español. Boubá entró y fue acogido por los servicios de la Cruz Roja que lo llevaron a un almacén para alimentarlo y cuidarlo.

Gabriel y Boubá fueron devueltos a sus países de origen tres semanas después de haber conseguido cumplir su sueño. Ninguno de los dos salió del almacén donde lo encerró la policía tras haber cruzado la frontera. Nunca dejaron de intentarlo.

Queda claro con este relato que la única manera de cambiar de país es con los bolsillos muy llenos y no solamente de ilusión.

Galatea, 3 de junio de 2021